

Etnicidad, esencialismos de izquierda y democracia radical.

A la memoria de Ernesto Laclau y a su obra junto a Chantal Mouffe.

Las sociedades latinoamericanas lideraron en los últimos años una gran movilización contra el neoliberalismo que se impuso en la región desde los años setenta del siglo pasado. Varias décadas de movilizaciones realizadas en el contexto de una despiadada represión estatal y paraestatal y en medio de la crisis y caída del socialismo real dominante en la Europa del este, permitieron que a partir de 1999 la izquierda llegara al poder en un importante número de países latinoamericanos, empezando por el ascenso del Coronel Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela. La llegada de la izquierda latinoamericana al estado abrió una serie de interrogantes acerca de la gestión de gobierno por parte de movimientos y partidos que habían estado principalmente ubicados en la oposición y habían hecho de la resistencia una de sus armas políticas más eficientes. El triunfo electoral de la izquierda que pronto cubrió a países como Bolivia, Ecuador, Brasil, Argentina, Nicaragua, Uruguay y Paraguay – que terminó en un desafortunado golpe de estado-, han dado inicio a una serie de transformaciones sin precedentes en la historia continental: se han diseñado nuevos mecanismos de alianza regional que han logrado controlar la expansión norteamericana y consolidar un sentido de soberanía nunca antes visto en la región, se ha hecho una inversión social en campos como la educación y la salud y se han implementado medidas encaminadas a la reducción de la pobreza sin precedentes en la historia. En países como el Ecuador, a partir de las nuevas reglas de juego establecidas desde la promulgación de la constitución de Montecristi en el 2008, el país ha vivido transformaciones fundamentales en el campo de la justicia, la educación y la salud; ha habido significativos avances en la construcción de una infraestructura de escuelas, hospitales y carreteras que apunta hacia un nuevo modelo de integración política y económica; el estado ha logrado imponer en muchos sentidos sus intereses en las negociaciones petroleras y mineras con las transnacionales; se están dando pasos significativos hacia el logro de la soberanía energética; se ha avanzado en el control del monopolio privado de la comunicación mediante la ampliación del acceso al espectro comunicacional hacia lo público y lo comunitario y de la limitación al

acceso a la comunicación a los poderes financieros. Entre otros logros, recientemente se ha aprobado por parte de la asamblea la Ley Orgánica de Recursos Hídricos que, junto a la esperada Ley de Tierras y la Ley Orgánica de la economía popular y solidaria, deberán convertirse en instrumentos que permitan democratizar el acceso al agua, a las tierras y sustentar la soberanía alimentaria, como una de las aspiraciones más sentidas de la población en general y en particular de los sectores populares.

A pesar de estos significativos logros en los últimos años, un sector de la izquierda ha establecido un distanciamiento irreconciliable con el gobierno de Correa. Las distancias insalvables de la oposición de izquierda de momento no significan un evidente riesgo electoral para el gobierno pero sí señalan el apareamiento de un escenario en el que se puede debilitar la presencia de los elementos progresistas necesarios en la elaboración e implementación de una agenda democrática radical y, de hecho, pueden beneficiar a la derecha existente no sólo en la oposición sino también en el propio gobierno: en las elecciones presidenciales del 2013, la opositora Unidad Plurinacional de las Izquierdas (conformada por 10 movimientos y partidos políticos liderados por el movimiento neindigenista Pachakutik y el Partido de tendencia maoísta Movimiento Popular Democrático MPD) alcanzó un total de 280.539 votos que representaron un magro 3.26% del total electoral. De otro lado, el carácter de la oposición de los movimientos de izquierda aglutinados en torno a la Unidad Plurinacional expresa en gran medida su negativa a que el estado controle elementos que fueron parte central de su capital político: rechazan las regulaciones estatales de la educación y la educación intercultural bilingüe, las nuevas regulaciones del manejo de aguas, la decisión de propiciar la extracción y a la explotación minera con un estricto control de la minería ilegal; ante el fracaso de una de las aspiraciones más importantes de los sectores ambientalistas -la iniciativa ITT-, por el desinterés de la comunidad internacional en compensar al Ecuador con una parte de los beneficios económicos que no se obtendrían de haber dejado los recursos petroleros bajo tierra en una región amazónica, el gobierno tomó la decisión de explotar los recursos petroleros con los mayores avances técnicos que permitan mitigar al máximo los efectos de la explotación petrolera y la negativa a la explotación se convirtió en

una de las principales banderas de la oposición de izquierda. En otros casos, la oposición se justifica sosteniendo que el gobierno de Correa ha abandonado los ideales de izquierda porque no ha transformado las estructuras económicas tradicionales y no es más que una renovación de un capitalismo centrado en el estado y con cierto énfasis en lo social.

Como veremos a lo largo de este trabajo, el principal eje de aglutinación del discurso de izquierdas ha sido el sector indígena que, en las últimas décadas ha jugado un papel análogo al de los obreros, los campesinos o los sectores marginales que en distintas coyunturas del siglo XX fueron identificados como las vanguardias privilegiadas o como la encarnación esencial de un modelo político y económico radicalmente distinto de sociedad y de humanidad. A partir de la crítica que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe formulan al esencialismo de izquierda, quisiera mostrar cómo la izquierda ha contribuido a crear una imagen esencialista del indígena, análoga a la que construyó sobre otros sectores sociales y mostrar también algunos de los problemas que se derivan de esta imagen en la construcción de una democracia radical de base popular. La perspectiva de Laclau y Mouffe, enfocada principalmente en explorar las implicaciones que ha tenido para la izquierda el esencialismo basado en la noción de clase, se enriquecerá con perspectivas críticas que muestran cómo el esencialismo étnico debilita la conformación de bloques populares y la construcción de una democracia radical.

Laclau, Mouffe: el esencialismo y sus críticas.

Una de las preocupaciones centrales de Laclau y Mouffe es la indagación en las raíces autoritarias de la izquierda. La publicación del libro *Hegemonía y Estrategia Socialista* en 1985, coincidió con el año en el que subió Gorbachov al poder en la hoy extinta Unión Soviética y el neoliberalismo se erguía triunfante en el mundo con el liderazgo de Ronald Reagan en los Estados Unidos y Margaret Thatcher en Gran Bretaña, mientras en la Argentina, dos años antes, la dictadura había dado paso al gobierno de Alfonsín, encargado de profundizar el neoliberalismo impuesto por los militares. El ascenso de Gorbachov y la consolidación del neoliberalismo señalaban los claros

límites a los que había llegado el denominado socialismo real y el pensamiento de izquierdas sufría una de las mayores crisis que conduciría al fin del socialismo y de los partidos comunistas en Europa. En este contexto, un gran contingente de izquierdas optó por el nihilismo postmoderno, mientras la movilización contra el neoliberalismo dejó de expresarse a través de las formas convencionales de los partidos y los sindicatos y florecía la resistencia de los movimientos sociales. En este sentido, la obra de Laclau y Mouffe se coloca en el centro en el que confluyen el agotamiento del socialismo real, petrificado por el autoritarismo y la parálisis económica, el clamoroso triunfo del neoliberalismo, la consolidación del posmodernismo y la crisis de los partidos clasistas, sustituidos por una vigorosa presencia de los denominados nuevos movimientos sociales. El libro *Hegemonía y Estrategia Socialista* ofrece un balance crítico de la historia de las ideas de la izquierda que condujeron a su petrificación y ofrece un marco en el que se reconoce el carácter estructural de las transformaciones del capitalismo que permitieron el apareamiento de nuevas lógicas políticas y económicas a las que la izquierda no parece haber respondido de la mejor manera. En este sentido, Laclau y Mouffe reflexionan en torno al diseño de estrategias fundamentales para la izquierda ante una nueva situación económica y política del capitalismo que había empezado desde mediados del siglo XIX y que se había radicalizado luego de la segunda guerra mundial, como se detallará seguidamente.

Para Laclau y Mouffe, el tratamiento esencialista del paradigma de clases es una de las principales razones que condujo al autoritarismo de izquierda y a la paralización que se evidenció en la década de los ochenta tanto en el denominado socialismo real como en el pensamiento de las izquierdas. El esencialismo de clases forma parte constitutiva de una tradición marxista que sólo se rompe a partir de la obra de Antonio Gramsci y se expresa en la convicción de que las clases se definen como grupos con esencias comunes que resultan de su posicionamiento ante la esfera económica y que tienen un carácter inmodificable. A partir del uso de las categorías de origen hegeliano, de la clase en sí y la clase para sí, el esencialismo supone que el socialismo o la lucha por el socialismo es el camino inequívoco hacia la realización de la esencia de clase del proletariado, que puede lograrse en el presente o en el futuro. La ortodoxia marxista

ha definido la identidad esencial de la clase de manera apriorística y cuando no hay evidencia empírica que la apoye, ha apelado a la noción de las etapas o a la teoría de una identidad espuria representada por otro sector social.

Laclau y Mouffe contrarrestaron el esencialismo de clase a través de una exploración pormenorizada sobre la hegemonía y para esto tomaron algunas referencias históricas que mostraban los límites de la noción de clase como categoría apriorística: en primer lugar las transformaciones que ocurrieron en el capitalismo desde mediados del siglo XIX y que permitieron la inexorable entrada de los sectores populares en los países del capitalismo central a los beneficios generados por la modernidad burguesa. Esta nueva lógica puso en cuestionamiento la premisa marxista de la existencia de dos clases atravesadas por un antagonismo esencial. Otro momento sobre el que reflexionan es el de la revolución Rusa y la pluralidad de los actores que la llevaron a cabo, así como la política de frentes populares que tuvo su apogeo en el contexto de la lucha contra el fascismo y su expresión en bloques multclasistas que encontraron en esa lucha un objetivo que les permitió trabajar de manera articulada. La otra experiencia histórica que inspira en general la obra de Laclau es el populismo latinoamericano, generalmente denostado como un fenómeno espurio en muchos análisis políticos tanto de derecha como de izquierda, al que Laclau y Mouffe describen como un paradigma de multclasismo que permite mostrar que las diferencias entre los sectores sociales, incluso de carácter económico, no necesariamente son antagonismos. El populismo también muestra cómo una multiplicidad de intereses políticos y económicos de los distintos movimientos puede converger en puntos que construyen una plataforma común, a pesar de las diferencias de los que conforman el bloque popular.

Laclau y Mouffe privilegian la negociación política antes que el determinismo económico al momento de describir las alianzas multclasistas; sin embargo, no niegan que las alianzas puedan articularse en torno a la noción de clase, pero esto no se da por la posición "objetiva" que ocupen las clases sino por la capacidad que eventualmente tengan de permitir que las alianzas se hagan en torno a ellas. En la conformación de los bloques de aliados, Laclau y Mouffe priorizan el elemento político

sobre la posición económica, lo que abre un amplio campo de posibilidades: las identidades y las alianzas políticas tienen un alto grado de indeterminación y de eventualidad que se reduce sólo en la medida en que alguno de los estamentos tenga capacidad de que sus reclamos o intereses particulares alcancen a ser asumidos por los otros sectores. El logro que tiene un estamento o un sector –que normalmente es de carácter multclasista- depende de la capacidad que tenga de lograr que su reclamo sea equivalente al reclamo de otros sectores particulares.

La construcción de escenarios comunes que resultan de las equivalencias de los reclamos de unos sectores con otros es, de hecho, una reelaboración de la teoría de la hegemonía de Gramsci, que constituye una de las fuentes más importantes para Laclau y Mouffe. De igual manera, la noción de hegemonía es una valorización de la política y un reconocimiento de que la construcción de los actores políticos es una experiencia que se da por fuera de la determinación económica. Para Laclau y Mouffe, la política se da en el campo sobredeterminado de lo simbólico. En este sentido, reconocen la importancia que tienen para Gramsci, entre otros, los distintos campos de la cultura, la educación, la profesionalización y las artes, como ámbitos que han permitido que la burguesía haya logrado hacer de su interés particular un interés general. Sin embargo, cuestionan el papel que el marxista italiano otorga a las clases como lugar privilegiado de construcción de la hegemonía y abren la posibilidad de que en el bloque popular cualquier sector social pueda ser hegemónico en la medida en que traduzca las diferencias y contradicciones en antagonismos y en que pueda hacer su reclamo particular como equivalente a los reclamos particulares esgrimidos por otros sectores populares. De otro lado, la noción de la política y de la negociación como un campo simbólico atravesado por las incertidumbres, que sustituye a la creencia en la identidad objetiva de las clases por su posición económica y de la infalible realización de la esencia proletaria en el socialismo, permite ver que no es una anomalía el hecho de que los sectores retardatarios se conviertan en hegemónicos en la medida en que sean capaces de articular los intereses de otros sectores; en un escenario donde existen con igual importancia la posibilidad de la hegemonía por parte de sectores más retardatarios o más progresistas de la burguesía, así como

sectores más retardatarios o más progresistas de los bloques populares, muestra que la política es un campo en permanente disputa, sin un fin determinado de antemano, como suponen los esencialistas.

De igual manera, las nociones de hegemonía, antagonismo y articulación representan un rescate y una revaloración de la política, el humanismo y la modernidad, como experiencias cruciales que han sufrido los efectos de una ofensiva del posmodernismo y del neoliberalismo: para Laclau y Mouffe, la modernidad y el humanismo son las condiciones de existencia de la política porque son las que permiten que las contradicciones se conviertan en antagonismos, ya que al mostrar que el mundo es un orden producido por la sociedad y no un orden recibido de los dioses o la tradición, cualquier privilegio puede ser puesto en cuestionamiento o defendido mediante el uso de los medios culturales o la violencia, o dicho en otros términos, mediante el uso de la persuasión o de la coerción, lo que constituye las dos caras de la hegemonía.

En el 2005, con la publicación del libro *La Razón Populista*, Laclau dirigió de manera decidida los esfuerzos teóricos que había desarrollado en *Hegemonía y Estrategia Socialista* hacia el estudio del populismo. En su estudio, Laclau muestra como el populismo constituye una experiencia privilegiada para mostrar la indeterminación de lo social y el peso de la contingencia en vez del inexorable cumplimiento de un destino por parte de alguna clase concebida como esencia. El populismo también muestra empíricamente cómo se construyen los procesos hegemónicos cuando ciertos sectores particulares pueden articular las demandas de otros sectores, mediante la construcción de equivalencias entre las distintas demandas. De otro lado, la indefinición y vaguedad propias del populismo ejemplifican la existencia de un significativo vacío que es disputado por los distintos actores políticos, mostrando la riqueza y complejidad en la disputa por la hegemonía.

Otra importante contribución de la obra sobre el populismo es la crítica a los enfoques clásicos que desde el siglo XIX catalogan al populismo como una aberración irracional o una patología social. En este sentido, la obra de Laclau y Mouffe contribuye a

rescatar el racionalismo y la modernidad como condiciones fundantes de la política y el rescate de los elementos emancipatorios de la modernidad constituye una de sus más importantes contribuciones en un contexto en el cual la profundidad de la crisis de la izquierda europea y la expansión del neoliberalismo condujo a que un amplio sector de la izquierda abrazara la irracionalidad postmoderna, inspirada en muchos sentidos en el devastador balance que Foucault hizo del humanismo y de la modernidad. Laclau y Mouffe, reconocen que el humanismo –es decir, todo el proceso iniciado por la modernidad que permitió el desplazamiento de Dios y la colocación de lo “humano” en el centro del devenir social- es una condición indispensable para una política que permita una democracia radical. También reconocen al igual que Foucault, que la modernidad y el humanismo tienen un carácter provisional pero, a diferencia del filósofo francés, sostienen que el análisis de las condiciones históricas de su aparición y el reconocimiento de su vulnerabilidad obligan a diseñar una defensa eficaz y sin ilusiones de la modernidad y el humanismo ante la ofensiva posmoderna (Figuroa, 2009). Seguidamente quisiera mostrar cómo la crítica al esencialismo y el rescate de la política, del humanismo y de una modernidad crítica por parte de Laclau y Mouffe, ofrecen herramientas que permiten identificar una serie de problemáticas que plantea para la construcción de una democracia radical, el esencialismo étnico impulsado por la oposición de izquierda y un sector de la dirigencia indígena del Ecuador.

Del esencialismo de clases al esencialismo étnico: oposición de izquierda y movimiento indígena en el Ecuador.

El intelectual Kichwa Floresmilo Simbaña (2009), propone una periodización del surgimiento y declive del movimiento indígena ecuatoriano y muestra cómo a partir de los años 90, un vigoroso movimiento empezó a sufrir un proceso en el que la política fue sustituida por un esencialismo basado en la cultura. En su trabajo sostiene que a partir de la represión llevada a cabo por el caudillo ultra-conservador Gabriel García Moreno contra los movimientos independentistas indígenas de 1873 y que culminaron con la ejecución de los líderes Fernando Daquilema y Manuela León, las

luchas del movimiento indígena ecuatoriano se insertan claramente dentro de las fronteras políticas del estado nacional en formación. Al periodizar la movilización política indígena que ocurre luego de la represión de García Moreno, sobresalen tres momentos claves: el primero al que cataloga como de la unificación, comprendido entre los años 30 del siglo XX y la primera reforma agraria de 1964, cuando la movilización se da principalmente contra el modelo hacendatario y el movimiento indígena tuvo una clara articulación con los partidos socialista y comunista; el segundo momento lo ubica entre 1964 y 1990, cuando la crisis de los partidos de izquierda, expresada en el absoluto desconocimiento de las especificidades del sector indígena, motivó el apareamiento de movimientos que reclamaban una mayor autonomía de los partidos de la izquierda. El tercer momento ocurre a partir de 1990, año en que ocurre el levantamiento indígena del inti raymi, que puede ser considerado uno de los más importantes movimientos indígenas del siglo veinte. La década de los noventa marca un momento en que se acentúa la crisis de la izquierda que termina con el fin del socialismo real en Europa y muchos sectores de la izquierda empiezan a apoyar al movimiento indígena que si bien había expresado una gran capacidad de movilización, se encontraba atravesado por serias contradicciones internas y especialmente por la negación de la perspectiva socialista y por el dominio que empezaron a tener "... corrientes antropológicas que devinieron en etnocentristas" (Simbaña, 2009: 163).

Es importante reflexionar sobre el papel de las corrientes antropológicas a las que hace referencia Simbaña porque evidencian una contradicción entre las imágenes esencialistas de orden cultural que crean esas corrientes, con la real operación política del movimiento indígena. El levantamiento indígena de 1990 mostró por primera vez una presencia nacional del movimiento y desde entonces salieron a flote una serie de tensiones y tendencias divergentes: la presencia de sectores que apostaban por ampliar el éxito político hacia la participación electoral, junto a sectores que apostaban por el abstencionismo y que privilegian la movilización; la presencia de sectores que apostaban por crear una alianza popular con otros movimientos populares, junto a otros que apoyaban la consolidación de la autonomía étnica;

igualmente, la construcción de una organización como la CONAIE hizo que el movimiento indígena organizado tuviera presencia en la costa, en la sierra y en la amazonia, lo que significaba una presencia en todas las regiones del país, con la única excepción de las islas Galápagos. Esta cobertura nacional de la organización indígena hizo que a su interior se visibilizaran las dinámicas, las tensiones y las divisiones propias de los niveles locales y regionales. Como veremos en detalle, en algunos casos sectores de la organización apoyan propuestas electorales que responden a tendencias locales o regionales que no necesariamente coinciden con las directrices nacionales sino a las dinámicas del movimiento indígena local.

La visibilidad política alcanzada por la CONAIE a partir del levantamiento de 1990, junto a la crisis de los sectores clasistas de la izquierda golpeados por la caída del socialismo real en Europa, estimularon la fundación en 1995 del Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik – Nuevo País (MUPP-NP) que jugó un papel protagónico en la política ecuatoriana entre su fundación y los primeros años del siglo XXI. El MUP-NP protagonizó la movilización política que condujo a la caída de los expresidentes neoliberales Abdalá Bucaram en 1996 y Jamil Mahuad en el 2000 y formó parte del tumultuoso gobierno del Coronel Lucio Gutiérrez en el año 2003. Pachakutik estuvo liderado por la CONAIE y por la organización indígena de segundo grado ECUARUNARI –Ecuador Runacunapaj Riccharimui- y en su conformación estuvieron un sector de los trabajadores de los sectores estratégicos, socialistas, comunistas y extrotskistas y movimientos sociales de mujeres, ecologistas y sectores de base de la teología de la liberación (Freidenberg y Alcántara, 2001).

A un año de su fundación, Pachakutik participó en las elecciones con candidatos para la presidencia, la vicepresidencia, la diputación nacional y provincial, para las alcaldías, prefecturas, concejalías cantonales y provinciales y sorprendentemente alcanzó más del 20% de la votación nacional y se constituyó en la tercera fuerza política del país (Freidenberg y Alcántara, 2001). Luego de ocupar un papel clave en el derrocamiento de Bucaram en 1997, la CONAIE y Pachakutik, que ya era identificado como el movimiento político de la CONAIE, tuvo un papel protagónico en la

elaboración de la Constitución promulgada en 1999, a partir de la formación de una alianza, denominada Concertación Democrática, entre Pachakutik y sectores social demócratas de la izquierda democrática y del Partido Socialista Frente Amplio de la izquierda (Freidenberg y Alcántara, 2001).

El debilitamiento político de Pachakutik empezó a evidenciarse desde su participación en el gobierno de Lucio Gutiérrez y por la incapacidad estructural que tuvo el movimiento de haber dirigido un frente popular amplio, lo que ocurrió en gran medida porque a su interior primaron los intereses corporativos de los sectores étnicistas: la conformación de la Concertación Democrática permitió que la constitución de 1999 introdujera demandas del movimiento indígena como la declaratoria de la plurinacionalidad, pero no logró avances hacia las transformaciones estructurales del país en gran medida porque Pachakutik privilegió las demandas étnicas antes que las demandas plurales de la concertación (Freidenberg y Alcántara, 2001).

La participación en el gobierno de Gutiérrez fue aun más compleja: como sostiene Carvajal (2004), la alianza de Pachakutik con Sociedad patriótica empieza en el momento en que los indígenas y los militares protagonizan el derrocamiento de Mahuad. La participación de los militares en ese movimiento fue vista de manera positiva por muchos sectores progresistas que la identificaron con el giro a la izquierda que empezaba a ocurrir con la llegada al poder de Hugo Chávez y Lula da Silva. El movimiento indígena se alió a lo que se consideraba un sector progresista de las fuerzas armadas con miras a construir una gran alianza con base social que apuntara a resolver los problemas estructurales de la realidad política ecuatoriana que habían conducido a la gran inestabilidad de la década de los noventa. Las aspiraciones y las promesas resultaban atractivas para un posible bloque popular articulado en torno a la: "...lucha contra la corrupción, recuperación de recursos de los deudores de la AGD⁴, promoción de amplios acuerdos nacionales, reforma del Estado, principalmente del Congreso y del sistema de administración de justicia, modificación del sistema de renovaciones de organismos públicos a través de la

representación de los partidos tradicionales, privilegio de las inversiones sociales, recuperación de la producción nacional, apoyo a las micro-empresas, reducción de las tasas de interés y soberanía en las negociaciones con los organismos multilaterales, consolidación de la participación indígena en las instituciones públicas, como parte de su estrategia política de democratización del Estado. En política exterior, se planteó la independencia frente al Plan Colombia y oposición a toda forma de intervención militar en la región” (Carvajal, 2004:7).

El carácter neoliberal, el nepotismo y la corrupción del gobierno de Gutiérrez se manifestaron de manera inmediata a su posesión, no obstante haber entregado cuotas burocráticas a sus aliados indígenas. Por parte de los indígenas, la participación en el gobierno se caracterizó por la ausencia de un plan político (Carvajal, 2004; Becker, 2011) y mantuvieron durante algunos meses una ambigüedad sobre la continuidad o no de su apoyo al gobierno; una vez la alianza terminó, un sector del movimiento indígena continuó dando su apoyo al gobierno de Gutiérrez, en lo que al parecer jugó un papel importante la coincidencia del origen amazónico del presidente así como de los dirigentes que continuaron apoyándolo. De acuerdo con Hernández (2004), durante el gobierno de Gutiérrez, Pachakutik entró en un proceso de regateo burocrático y hubo un abandono de la disputa de sentido y de la direccionalidad del gobierno. Cuando terminó la alianza, las relaciones entre indígenas y mestizos al interior del movimiento resultó la más deteriorada ya que un sector indígena culpó a la presencia mestiza dentro del movimiento como la responsable del fracaso de toda la experiencia política. Por su lado, la participación de Pachakutik en el gobierno de Gutiérrez hizo que el liderazgo de oposición que había ocupado el movimiento indígena en los levantamientos que terminaron con los gobiernos de Abdala Bucarám y Jamil Mahuad, fuera ocupado por sectores de clase media urbana, identificados como “forajidos”, por el epíteto que sobre ellos lanzó el coronel Gutiérrez en uno de los álgidos momentos de la insurrección que terminaría derribándolo del poder. Los sectores de clase media representados en el “forajidismo” cumplieron un papel fundamental en el triunfo electoral de Rafael Correa que le permitió su llegada a la presidencia, pero también los sectores de la izquierda próximos a Pachakutik y a otros

partidos de izquierda como el maoísta Movimiento Popular Democrático y una facción del partido socialista, que terminarían siendo el sector que conformaría el bloque de izquierda opositor a Correa. Seguidamente quisiera mostrar cómo este sector ha venido homogenizando su discurso de oposición en torno a una serie de imágenes esencialistas sobre las nacionalidades y pueblos indígenas y quisiera mostrar cómo el abandono del gobierno de un sector de la izquierda puede debilitar las opciones de construcción de un bloque popular fundamental para una democracia radical.

Estado e indígenas: el esencialismo de izquierda y la negación de la hegemonía.

En esta sección quiero mostrar cómo la construcción de un esencialismo étnico por parte de la oposición de izquierda coincide con varios de los señalamientos hechos por Laclau y Mouffe respecto al esencialismo de clases. El esencialismo étnico de la oposición de izquierda permite mostrar el impacto de las “corrientes antropológicas” señaladas Simbaña (2009) tanto en el debilitamiento de la construcción de una hegemonía popular como en la consolidación de la exclusión económica y política de los pueblos y nacionalidades. Los principales argumentos de la oposición de izquierda sostienen que la intervención del estado representa una cooptación de los movimientos sociales y un debilitamiento de su experiencia libertaria y estos argumentos se han construido sobre una imagen esencialmente anti estatista de los movimientos sociales que se radicaliza en el caso de las imágenes sobre los movimientos étnicos.

Como señalan Laclau y Mouffe, el cambio del capitalismo internacional de la posguerra consolidó la presencia de los trabajadores en el mercado, lo que profundizó la crisis del paradigma de clases así como la tendencia que desde el siglo XIX permitió que los reclamos políticos fueran articulados de manera creciente por los movimientos sociales. La constatación de Laclau y Mouffe, sin embargo, viene acompañada de un claro llamado de atención al hecho de que el esencialismo de clases se traslade a otros sectores: “Muchos se han puesto a la búsqueda, a partir de los años sesenta, de un nuevo sujeto revolucionario privilegiado que vendría a reemplazar a la clase obrera, la cual habría fracasado en su misión histórica de emancipación. Los

movimientos ecologistas, los movimientos estudiantiles, el feminismo y las masas marginales, han sido los candidatos más populares para el desempeño de este nuevo papel. Pero está claro que así no se escapa a la problemática tradicional, sino que simplemente se la desplaza. No hay posición privilegiada única a partir de la cual se seguiría una continuidad uniforme de efectos que concluirían por transformar a la sociedad en su conjunto. Todas las luchas, tanto obreras como de los otros sujetos políticos tienen, libradas a sí mismas, un carácter parcial, y pueden ser articuladas en discursos muy diferentes. Es esta articulación la que les da su carácter, no el lugar del que ellas provienen” (Laclau y Mouffe, 1987:278)

La oposición de izquierda ha hecho del sector indígena el sujeto privilegiado de su discurso; como veremos, en este caso el esencialismo es, incluso, más radical del que se basa en las premisas de clase, en la medida en que el indígena es construido como el otro cultural por excelencia y como la encarnación de la solución no sólo de la crisis del capitalismo, sino de la crisis del mundo moderno y de la civilización occidental contemporánea. Las imágenes sobre el sector indígena de la oposición de izquierda coinciden con las imágenes construidas por las corrientes posmodernas en las que el esencialismo étnico alcanza unos niveles casi paroxísticos que, como veremos, no solo imposibilita la construcción del bloque popular, sino que despolitiza al propio sector indígena y consolida su exclusión al exotizarlo y construirlo como un sector invulnerable a los efectos de la historia y del tiempo; de hecho, la construcción del indígena como una esencia más allá del tiempo puede constatarse en el vacío en las narrativas de la oposición de izquierda de la compleja historia de Pachakutik de la que hemos hecho algunas referencias.

El actual gobierno ecuatoriano ha tenido como una de las vetas más importantes la recuperación del rol regulador del estado, lo que ha representado quizá la oposición más significativa al neoliberalismo. En rigor, la descentralización y la entrega a manos privadas de áreas estratégicas como la salud, la educación, los servicios públicos telefónicos, de agua y electricidad, entre muchas de las áreas que fueron privatizadas, fue un proceso que vino acompañado desde fines de los setenta de una campaña

ideológica sin precedentes, en contra del estado y de la soberanía nacional. Sin embargo, la recuperación del rol regulador del estado asumida por los gobiernos actuales ha sido leída por algunos teóricos de la oposición de izquierda como la evidencia del fin de la era progresista y de la instalación de un nuevo conservadurismo expresado en la implementación de una “... lógica estatista, implacable, hostil a los movimientos, que busca fortalecer el aparato estatal y que se asienta en las profusas burocracias estatales” (Zibechi, 2009:190). Inspirado en Foucault, Zibechi establece una dicotomía entre el estado y los movimientos sociales; en su perspectiva, el estado representa la cooptación, la disciplina y la implementación de planes sociales se convierte en un instrumento de control biopolítico que se basa en la clasificación de las personas por sus carencias, convirtiendo así a la política en algo irrelevante, mientras con un toque de nostalgia añora los movimientos sociales “del período anterior” a los gobiernos del denominado socialismo del siglo XXI, cuando un conjunto de problemas comunes permitió el surgimiento de movimientos con formas flexibles de coordinación (Zibechi, 2009, 193).

Por su parte, Hoetmer (2009), inspirado también en Foucault, sostiene que el estado es una maquinaria de dominación que se ha adaptado a las transformaciones de la globalización y se ha convertido en un sofisticado instrumento de control de los movimientos sociales en la escala nacional, complementando las tendencias supranacionales del neoliberalismo. Por su lado, los movimientos son el lugar de mayor potencialidad de ejercicio de la libertad porque tienen mayor sensibilidad a la opresión, mayor grado de libertad de pensamiento y la más grande necesidad de cambio. En un contexto de crisis civilizatoria que requiere un cambio de época, el movimiento indígena ocupa un lugar fundamental y, al comparar el movimiento zapatista de Chiapas con el movimiento indígena ecuatoriano, los zapatistas tienen una especie de superioridad moral porque ni siquiera han elaborado estrategias para la toma del estado, mientras la participación del movimiento indígena ecuatoriano en los procesos electorales y en la administración del estado le ha significado una “... enorme pérdida de legitimidad y apoyo” (Hoetmer, 2009: 103).

De igual manera, Pablo Ospina, uno de los más visibles representantes de la oposición de izquierda en el Ecuador también identifica la recuperación del rol regulador del estado como el doble proceso de cooptación y represión de los movimientos sociales. Ospina declara una radical oposición a la dirección que ha tomado el gobierno en favor de la meritocracia como forma de debilitar las tendencias corporativistas que caracterizaron muchas de las luchas lideradas por los movimientos sociales y por partidos de izquierda en las últimas décadas y en su argumentación termina reivindicando los intereses de los grupos corporativos que controlaron sectores claves de la economía y la educación.

En el caso de la educación superior Ospina critica lo que él denomina la utilización de criterios rígidos, estandarizados y convencionales de “calidad”, en los procesos de evaluación que se han venido construyendo en los últimos años, así como la obligatoriedad hasta el 2017 de obtener el título de doctor por parte de los docentes investigadores de las universidades y la existencia de pruebas masivas estandarizadas para el ingreso a la universidad; como alternativa a estas medidas propone “... por supuesto, permitir mecanismos descentralizados de identificación de los estudiantes según su preferencia, basados en entrevistas y ensayos, además de las pruebas que se consideren apropiadas para cada carrera y cada contexto local” (Ospina. 2013: 186).

En el campo específico de la educación intercultural, Ospina evoca las décadas anteriores en las que la CONAIE había logrado *avances* como los espacios de autonomía dentro del estado central expresados por ejemplo en la dirección de educación bilingüe intercultural, critica la introducción de los méritos como mecanismo de participación de los profesionales indígenas en los órganos de dirección de la educación intercultural bilingüe y favorece la participación por cuotas de las organizaciones. A tono con el autonomismo neoindigenista Ospina está a favor de que los indígenas puedan definir “a partir de sus propias autoridades, políticas nacionales de su interés y competencia de acuerdo con su propia cosmovisión” (Ospina, 2013: 195).

En otros teóricos de la oposición de izquierda el esencialismo étnico alcanza niveles paroxísticos. Natalia Sierra, a través de un discurso evocativo de la Escuela de Frankfurt, mediante el cual interroga con desconcierto porqué un gobierno que, en su perspectiva, representa una simple modernización del capitalismo, se encuentra sin una vigorosa oposición de las mayorías, responde que la sociedad ecuatoriana está obnubilada por el fetiche del progreso. Luego de identificar al gobierno de Correa como un ejemplo claro de colonización del mundo de la vida por la racionalización capitalista encarnada en el desarrollo y el progreso, considera que la única opción está en los sustratos agrarios, encarnados en los grupos ancestrales, donde se esconde la magia y los tejidos sociales y comunitarios que pueden rescatar el mundo de la vida disuelto por la racionalidad del capitalismo impulsado por Rafael Correa.

El tratamiento que hacen los teóricos de la oposición de izquierda sobre los movimientos sociales y especialmente sobre el indigenado y sus relaciones con el estado sintetizan muchos de los problemas señalados por Laclau, respecto al esencialismo de clases: los enfoques presuponen que entre el estado y los movimientos existen distancias ontológicas insalvables, cuando sostienen que mientras el estado representa la represión y la cooptación, los movimientos encarnan la libertad. Como vimos, tanto la CONAIE como Pachakutik son movimientos que desde su constitución han tenido como referencia la lucha política por el control del estado, o al menos se han caracterizado por compartir algunas cuotas de su poder, lo cual se evidencia de manera cotidiana en la lucha permanente de las organizaciones indígenas por garantizar su presencia en los poderes institucionales locales, a la vez que a su interior coexisten distintas tendencias que apuestan de manera diferenciada por las opciones de la izquierda o de la derecha, a la vez que algunas optan por una relación con otros sectores populares, mientras otras optan por un purismo étnico. Laclau y Mouffe, muestran la debilidad de las teorías que sostienen que hay que profundizar la separación entre Estado y sociedad civil porque consideran que toda forma de dominación se encarna sólo en el Estado, cuando “es claro que la sociedad civil también es la sede de numerosas relaciones de opresión y, por consiguiente, de antagonismos y luchas democráticas.” (Laclau y Mouffe, 1987: 297)

De otro lado, términos como “cosmovisión” se han convertido en un fetiche del culturalismo antropológico que denuncia Simbaña, porque sirve para afirmar la creencia de que los indígenas son mónadas que construyen sus particularidades sin ningún vínculo con otro movimiento o sector social. Esta perspectiva, tampoco tiene evidencia empírica como lo atestigua una compleja historia de relaciones fluidas entre indígenas con mestizos, colonos y afro ecuatorianos, así como un proceso de construcción de identidad política que ha estado atravesado por la presencia de intelectuales metropolitanos e intelectuales nativos, sacerdotes, militantes de distintos partidos de derecha e izquierda y miembros de ongs, entre otros. El esencialismo étnico eleva a niveles paroxísticos el peligro señalado por Laclau del esencialismo de clases que concibe que uno de los sectores sociales pueda dar cuenta de la totalidad social y constituirse en su centro, negando el hecho de que la construcción de toda práctica hegemónica se da sólo mediante la apertura de lo social y no puede ser reducida a la lógica de una fuerza social única. El concepto de “cosmovisión” es quizá la mayor expresión de la despolitización que se produce por el culturalismo ya que remite a una noción de identidad cerrada, contraviniendo el carácter incompleto, relacional y polisémico que tiene toda identidad; de igual manera, es un concepto que construye a los indígenas no sólo como categorías cerradas cultural y simbólicamente, sino que también crea una oposición esencial entre indígenas y mestizos bajo la lógica de víctimas y victimarios que imposibilita no sólo la construcción de cualquier posibilidad de alianza popular sino que también alimenta nuevas versiones de racismo.

En el caso de Catherine Walsh, en un trabajo publicado en el 2007, retoma al intelectual nativista Fausto Reinaga quien reclama que los indígenas no tengan “ni a Marx ni a Cristo” y quien sostiene que la lucha de los indígenas viene de “... muy lejos, desde el mismo momento en el que las hordas españolas invadieron la confederación de pueblos indo americanos. Nuestra lucha es contra todo los vestigios europeos... la ley romana, el código napoleónico, la democracia francesa, el marxismo- leninismo, todo lo que nos mantiene en dependencia, en colonialismo, en la obscuridad sin

permitirnos encontrar la luz” (Reinaga 1970/2001, p. 15, en Walsh) y propugna por “... una noción de autonomía entendida como libertad de control de las iglesias, de los hacendados, de los comerciantes intermediarios y de los partidos políticos –incluidos los de la izquierda- así como de las instituciones y de los modelos dominantes del estado y también como la concreción de proyectos políticos que se materializan en lo social, lo político, lo económico y lo político.” (Walsh, 2007, 30-31). En este caso, la intelectual metropolitana hace un llamado radical a la resistencia cultural en vez de a la construcción de una hegemonía a partir de la presunción de que existe un indígena esencial que se descubre a sí mismo una vez se libra de todo lo que le ha sido impuesto. En términos empíricos la definición que Walsh hace de indígenas y criollos/mestizos como esencias irreconciliables simplifica la rica historia de las relaciones que no sólo son relaciones unilaterales de dominación, discriminación y racismo, sino que también han estado atravesadas por solidaridades políticas a la vez que se ha mostrado que el mestizaje es una estrategia impulsada no sólo desde el poder sino también desde los propios indígenas (De la Cadena, 2004; Coronel, 2011; Arguedas, 1998; Minchom, 2007; Figueroa, 2009). Una simple mirada histórica permite ver que las alianzas entre mestizos, indígenas y montubios han sido fundamentales en el proceso de democratización conseguido en eventos de singular importancia como la revolución liberal, las alianzas del movimiento indígena con socialistas y comunistas como fue característico de las décadas entre los 30’s y los 70’s y que permitió una significativa ampliación de la participación social y política de los sectores populares (Coronel, 2011). De otro lado, como hemos visto, el mismo movimiento Pachakutik, no puede ser entendido sino desde una base popular amplia, en la que participaron obreros y campesinos mestizos, junto a un movimiento indígena que tuvo en su momento un papel de liderazgo. En este sentido, el uso maniqueo de la oposición mestizo(criollo)/indígena puede devenir en una forma de racismo en la que el mestizo y el indígena se constituyen como categorías esenciales que ocupan lugares fijos e inmutables de victimario y víctima por excelencia, donde se niegan las solidaridades y complicidades mutuas que han tenido en la construcción de proyectos políticos e intelectuales, y donde la voz externa de los académicos se constituye en la única que encarna la justicia reivindicadora.

De otra parte, la construcción esencialista del sector indígena torna en ineficaz a la lucha contra la lógica instrumental y contra los procesos de acumulación anti-democráticos que evidentemente existen en los proyectos del denominado socialismo del siglo XXI. La angustia que se traduce en análisis como los de Sierra (2013; 2014), en los que se pregunta de manera descorazonada sobre el apoyo a un proyecto modernizador del capitalismo muestra los límites de las imágenes que se han construido sobre el sector popular y en particular sobre el sector indígena que es de hecho uno de los que ofrece un apoyo significativo al gobierno. Al sector indígena se le ha construido como el opuesto esencial al progreso y a la modernidad, lo que se ha convertido en tópico de crítica no sólo por parte de la izquierda sino también de los distintos posmodernismos. La consecuencia de esta perspectiva es que la modernidad es vista como un hecho exclusivamente euroamericano que desconoce el papel activo que las poblaciones del sur global –incluidos los indígenas- han tenido en la construcción de ese proyecto. Si estamos de acuerdo con Simbaña (2009), ya desde la segunda mitad del siglo XIX los levantamientos indígenas se hicieron dentro del marco del estado ecuatoriano lo que permitiría concluir que, desde entonces, la movilización política busca ampliar la democracia y la participación en proyectos en los cuales la modernidad y el desarrollo han sido retóricas manejadas por el estado nacional, sin desconocer que éstas tuvieron su máximo apogeo en el siglo XX. En este sentido, el apoyo actual de los sectores populares al gobierno de Correa no puede verse como una simple expresión del dominio ideológico del capitalismo que enseguece a unas masas obnubiladas por la fetichización del progreso, como lo sostiene Sierra (2013: 2014), sino que muestra la apuesta que estos sectores, incluidos los indígenas, hacen en pos de construir una soberanía económica y política de la que pueden sentirse partícipes legítimos.

Otro de los elementos políticos que no son tenidos en cuenta por los discursos que enarbolan un claro desprecio hacia el estado y la modernidad es que desconocen la profunda similitud que tienen con las perspectivas más conservadoras de la política. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe muestran las claras conexiones entre los discursos anti-

estado y el conservadurismo, lo que permitiría ver las que también mantienen con el esencialismo etnicista: uno de los más importantes teóricos neoconservadores, Fredrick Hayek, fue uno de los más acérrimos críticos de la regularización y planificación del estado porque consideraba que conduciría al colectivismo y al totalitarismo. Según Laclau y Mouffe, la crítica a la intervención de estado es una reivindicación de la libertad tradicional que identifica la no interferencia del estado con el derecho a la apropiación ilimitada y con la economía de mercado, lo cual se hace desacreditando la libertad positiva como potencialmente totalitaria (Laclau y Mouffe, 1987:284). La asociación entre regulación y cooptación por parte de la oposición de izquierda coincide con la tesis neoliberal de la regulación como pérdida de la libertad, no toma en cuenta las dinámicas de poder que se establecen entre los distintos grupos a través de los movimientos sociales y deshecha la construcción de la hegemonía y de esferas comunes que se logra a través del estado.

De igual manera, el esencialismo etnicista que ha desarrollado un discurso reivindicador de la diferencia y la heterogeneidad del mundo, no toma en cuenta los límites de las diferencias éticamente admisibles, tampoco permite ver cómo el discurso de las diferencias esconde la existencia de desigualdades ni como éstas juegan un rol definitivo en los regímenes de derecha. En este sentido, no puede ser más vívida la postura de la derecha citada por Laclau y Mouffe: “De Benoist escribe: «Yo llamo “de derecha” la actitud que consiste en considerar la diversidad del mundo y por consiguiente las desigualdades, como un bien, y la homogeneización progresiva del mundo, preconizada y realizada por el discurso bimilenario de la ideología totalitaria, como un mal” (en: Laclau y Mouffe, 1987: 287)

Finalmente, resultan fundamentales las contribuciones de Laclau y Mouffe en la disputa contra el esencialismo étnicista de izquierda y su coincidencia con las perspectivas neoliberales y posmodernas que, inspiradas en Foucault en gran medida, han lanzado una ofensiva contra la modernidad y contra el humanismo.

Laclau y Mouffe sostienen que una de las más importantes conquistas de la modernidad, como es la democracia, es una condición indispensable para articular

diversas luchas contra la subordinación porque fue esta la que hizo de la igualdad un bien deseado. La modernidad supuso el fin del orden naturalizado de las jerarquías explicadas por razones divinas lo que conduce a considerar que una nueva secularización debe abrir un horizonte que cuestione las desigualdades basadas en una noción naturalizada de la cultura. De cara a la construcción de un proyecto de democracia radical, es indispensable buscar las confluencias entre los distintos movimientos y no las supuestas esencias diferenciadoras que hacen que unos ocupen unos lugares privilegiados o que evita que aparezcan las equivalencias de las demandas. Pero para esto es indispensable encontrar “...la fuerza subversiva profunda del discurso democrático, que permitirá desplazar la igualdad y la libertad hacia dominios cada vez más amplios, y que servirá, por tanto, de fermento a las diversas formas de lucha contra la subordinación”.

(Laclau y Mouffe, 1987: 256)

Reconociendo que los proyectos políticos en marcha en la región son proyectos en disputa, la marginación de sectores de la izquierda que han asumido las premisas posmodernas a través de las cuales declaran su marginalidad respecto a la modernidad, la democracia y el liberalismo, debilita la lucha por la democracia radical y es un factor que puede profundizar las asimetrías y desigualdades existentes en la sociedad.

La existencia de distintos proyectos al interior de la revolución ciudadana implican una lucha por la hegemonía, pero si la izquierda quiere ocupar un papel protagónico en esa lucha debe ubicarse en el lado de la revolución democrática; en términos de Laclau y Mouffe: “La tarea de la izquierda no puede por tanto consistir en renegar de la ideología liberal–democrática sino al contrario, en profundizarla y expandirla en la dirección de una democracia radicalizada y plural” (Laclau y Mouffe, 1987: 291).

BIBLIOGRAFÍA

Arguedas, José María Formación de una Cultura Indoamericana, Siglo XXI, México, 1998.

Becker Marc ¡Pachakutik! Indigenous movement and electoral politics in Ecuador

Carvajal, Miguel, 2004, "Pachakutik: la efímera experiencia de gobierno y las incógnitas sobre su futuro", en ICONOS No.18, Flacso-Ecuador, Quito, pp.6-9.

Coronel Valeria, A Revolution in Stages: Subaltern Politics, Nation-State Formation, and the Origins of Social Rights in Ecuador, 1834-1943, tesis doctoral presentada en la New York University, New York, inédita 2011

De la Cadena Marisol, Indígenas mestizos: raza y cultura en el Cusco IEP Ediciones, 2004

Figueroa José Antonio, Realismo mágico, Vallenato y Violencia Política en el Caribe Colombiano, Bogotá, ICANH.

Freidenberg Flavia y Manuel Alcantara Saez Los dueños del poder Los partidos políticos en Ecuador (1978-2000) Flacso, Quito, 2001.

Hernández, Virgilio, 2004, "Gutiérrez: el signo de la frustración", en ÍCONOS No. 18, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 10-17.

Hoetmer Raphael "Después del fin de la historia: reflexiones sobre los movimientos sociales latinoamericanos de hoy" en: Repensar la Política desde América Latina, Raphael Hoetmer coordinador, Programa democracia y transformación global, UNMSM, Lima, 2009. Pp 85-108

Laclau Ernesto y Chantal Mouffe *Hegemonía y Estrategia Socialista* Siglo XXI, Madrid

Laclau Ernesto, *La Razón Populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Minchom Martin, El pueblo de Quito 1690-1810 Demografía, dinámica socio racial y protesta popular, Fonsal, Quito, 2007

Ospina Peralta Pablo ""Estamos haciendo mejora las cosas con el mismo modelo antes que cambiarlo" La revolución ciudadana en Ecuador (2007-2012)" en: Promesas en su laberinto cambios y continuidades en los gobiernos progresistas de América Latina Edgardo Lander el al Cedla, Cim, Bolivia pp 139-215

Sierra Natalia "Desarrollista" en: línea de fuego, julio 2 del 2014

Sierra Natalia "El reto de la izquierda ecuatoriana: descolonizar la conciencia social" en: línea de fuego, junio 18 del 2013

Simbaña, Floresmilo “El movimiento indígena ecuatoriano y la construcción de la plurinacionalidad” en: Repensar la Política desde América Latina, Raphael Hoetmer coordinador, Programa democracia y transformación global, UNMSM, Lima, 2009. Pp 153-167

Walsh Catherine Shifting the Geopolitics of Critical Knowledge. Decolonial thought and cultural studies ‘others’ in the Andes Cultural Studies Vol. 21, Nos. 2 _3 March/May 2007, pp. 224 _239

Walter D. Mignolo D. Walter Globalization and the Geopolitics of Knowledge The Role of the Humanities in the Corporate University 2003 *Nepantla*

Zibechi Raúl Gobiernos y movimientos entre la autonomía y las nuevas formas de dominación en: Repensar la Política desde América Latina, Raphael Hoetmer coordinador, Programa democracia y transformación global, UNMSM, Lima, 2009. Pp 185-194